

Un torneo de ingenio



Cada carro estaba tirado por cuatro mulas que los mozos conducían por el roncal. Seguían a pie muchos hombres de armas, llevando escudos del vizconde y de los nobles caballeros que habían acudido al torneo. Y finalmente venía el vizconde de Peguera a caballo, con una armadura negra y la espada desenvainada en la mano. Avanzaba entre la vizcondesa y su hija Carmesina, las dos con la cabeza llena de flores y vestidas de azul, como dos princesas, cabalgando dóciles caballos. Flautistas, tamborileros y trompeteros cerraban el cortejo.



Cuando todo el mundo se hubo acomodado, se hizo un gran silencio. El cuerno volvió a sonar desde la torre y el vizconde, de pie delante del sitio, se dirigió a sus invitados:

- Empezaremos por las canciones mientras esperamos la llegada de un caballero conocido por el nombre de “ El Caballero Deshabitado”, al cual he enviado una carta de batalla desafiándole a entrar en campo cerrado y combatir a muerte, cuerpo a cuerpo, con armas defensivas y ofensivas. Yo quiero creer, en honor suyo, que acudirá a la cita. Entretanto, que empiece el concurso de juglares.



Salimos al campo todos los juglares con laúdes, flautas y rabeles. Éramos unos veinticinco y cuando el jurado nos hubo escuchado a todos, decidió que sólo cuatro siguiéramos en el palenque, eliminando a todos los demás. Ahora ya sabíamos que uno de nosotros sería el vencedor. Yo era el más joven de los cuatro.

Los trovadores, señores de mucha alcurnia, nos propusieron algunos juegos poéticos que nosotros debíamos resolver. Nuestras canciones les habían gustado mucho y al saber que nosotros éramos los autores, quisieron saber hasta dónde podía llegar nuestro ingenio.

El primer juego consistía en componer una canción de amor, en la cual todas las palabras empezaran con la misma letra y, si era posible, con la letra con la que empezaba también el nombre de nuestra dama. Yo elegí la letra C porque pensé en Carcasona y en la dama de Arnaldo, Carmesina. Mi canción decía así:

Cada corazón caza
como canta:
corazón callado,
corazón colmado.
Corazón complero,
corazón caminero.
Corazón cazador,
caza caballero
cabalgador.
Corazón conmovido,
caza caballero
cariacontecido.

Los otros tres también compusieron su canción, y todas fueron muy celebradas.

El segundo juego consistía en contestar en verso a la pregunta que nos hizo uno de los trovadores:

- ¿Qué damas son más bellas, más corteses, más leales y más buenas, las catalanas o las provenzales ?

Yo contesté así:

Las damas catalanas
son galanas.
Las damas provenzales
son leales.
Si son leales y galanas
son catalanas.
Si son galanas y leales
son provenzales.



Así quedé bien con todo el mundo y conseguí pasar a la tercera prueba.

Otro juez y trovador, don Jaime Roig, nos propuso hacer un serventesio poniendo de manifiesto a la pequeñez de un hombre. Cada uno de nosotros debía decir un verso, y los cuatro versos tenían que formar una estrofa. Salió así:

Enano, canijo,
renacuajo, exiguo,
avaro, mezquino,
pigmeo, raquítico.



Y, para acabar, Cerverí de Gerona, otro trovador, propuso que hiciéramos una composición muy breve y de muy difícil entendimiento, y el autor de la composición que nadie consiguiera descifrar, sería proclamado ganador. La mía fue la que ganó porque nadie pudo adivinar lo que decía. Era así:

¡Cuflumuángraflaman domoloflormor,
aflamamoflormor ¡
Era una composición muy sencilla:
¡ Cuán gran dolor,
amor¡

Pero yo lo hice difícil metiendo entre sílabas las consonantes fl y m seguidas de la vocal correspondiente a cada sílaba. De ese modo, la palabra cuán quedaba así: cu-flu-mu-´a-n, gran dolor así: gra-fla-ma-n-do-flo-mo-lo flo-,o-r y amor así: a-fla-ma-mo-flo-mo-r.

El público gritaba de entusiasmo. Los tres perdedores me felicitaron. Los trovadores que nos habían juzgado, me abrazaron. Los vizcondes y su hija me hicieron subir al estrado porque querían conocerme.



Emili Teixidor, Marcabrá y la hoguera de hielo.